

Sesquicentenario de la Facultad de Medicina

En este número de noviembre de nuestra revista aparece la segunda parte de las publicaciones con las que celebramos el sesquicentenario de la Facultad de Medicina. Abrimos nuestras páginas a seis artículos históricos, a cual más interesante, como lo comprobarán nuestros lectores al recorrer las páginas siguientes.

Cuando recordamos el pasado de la Medicina en México no podemos olvidar rendir homenaje a la figura del Dr. Francisco Fernández del Castillo, quien recién falleció dejando un hueco difícil de llenar en el campo de la Historia de la Medicina.

El primer artículo tiene el mérito de hacer un estudio epidemiológico, con distribución de la mortalidad por grupos de edad y sexo, de una epidemia de cólera en la ciudad de Guadalajara en 1833. La autora critica, con razón, la baja cifra de hombres, entre 15 y 20 años de edad que nos informa la estadística y, con agudeza, determina la posible causa: que se escondieran al censo, por temor a que este se hiciera con fines económicos o militares, ya que la cifra para esta edad debería ser mayor. Señala además que la baja cifra de población entre los 25 y 30 años de edad se puede deber a la epidemia previa (1796-1797) que diezmó a los habitantes de Guadalajara. La misma disminución se observa en el grupo de 35 a 40 años, pero por razón diferente: la crisis agrícola del siglo XVIII, que en 1785-1786 se acompañó de hambruna. El análisis de la mortalidad por edad y sexo, en la epidemia antes citada, revela que la más afectada fue la población mayor de 50 años y de 0 a 4 años, lo cual demuestra la mayor vulnerabilidad de niños y ancianos. En algunos grupos de edad las mujeres fueron más afectadas que los hombres, lo cual se atribuye a mayor población femenina en la ciudad de Guadalajara y a

que ellas se encargaban del cuidado de sus familiares enfermos.

El Dr. Somolinos, muy conocido en el campo de la Historia de la Medicina, nos ofrece la semblanza de tres imágenes médicas: Rafael Lucio, Aniceto Ortega y Manuel Carpio, enfocándola desde otro punto de vista, el artístico: poesía, música o pintura, campos en el que muchos médicos han destacado. La fácil y ágil pluma del Dr. Somolinos evoca emociones estéticas, tan caras a los que ejercemos esta profesión, la medicina.

La nota romántica la da el relato del paso de Manuel Acuña por la Escuela de Medicina, desde su descripción física que parece casi una fotografía (podemos imaginárnoslo), hasta la visión escrita de su trágica muerte. Nos enteramos de que, a los 24 años, se murió trágicamente su propia vida, que podría haber dado gran brillo a las letras y a la Medicina Mexicana. Además nos hacen saber, algo que comúnmente se ignora, que la Escuela de Medicina recibía internos que no sólo estudiaban en ella sino que ahí habitaban. Este artículo nos informa quiénes eran los maestros y compañeros de Acuña, el nombre de algunas de sus composiciones literarias y las circunstancias de su muerte y entierro.

Con admiración leemos sobre la vida ejemplar del Dr. Jesús Ma. González Flores, una figura de la medicina regiomontana y mexicana. Llegamos a conocer su dedicación a los enfermos, su desinterés y su gran habilidad quirúrgica. Pero quizá su aportación más importante a nuestro país fue la introducción de la primera autoclave, para obtener material quirúrgico completamente aséptico y una iluminación para el quirófano con focos incandescentes. El Dr. González Flores fue el pionero de la asepsia quirúrgica en Monterrey y de la cirugía vascular en América Latina.

El penúltimo artículo trata de la evolución de la epidemiología en los siglos XIX y parte del XX. En él Pedro B. Crevenna nos habla del desarrollo de métodos cuantitativos en epidemiología, la evolución esquemática del concepto de causalidad y de sus principales tendencias actuales. Es más, en la lectura de estas páginas captamos que los métodos epidemiológicos se pueden aplicar a los problemas de la contaminación ambiental.

El último artículo revela, tomado del acervo documental del Archivo Histórico del Estado de Jalisco la patología biosocial del siglo XIX, que nos trae al presente una información

fehaciente de la epidemiología de ese siglo.

Con los números de nuestra revista correspondientes a octubre y noviembre consideramos haber cumplido con lo que nos propusimos: situar al lector en el ambiente que imperaba, en el momento de la fundación de la Escuela, en 1833.

La revista de la Facultad de Medicina celebra, con estas notas históricas los 150 años de la Institución que representa. Deseamos que cumpla muchos años más de fructífera labor.

Dr. Jaime Segura
Editor

